

un alma siempre sensible y elevada, y un talento superior, no desmentido en una sola página, producen este resultado, sólo contradictorio ó paradójico en la apariencia: en realidad natural, y fácil de comprobar con leer el libro.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

MADRID y Julio de 1867.

## LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO.

### LECCION PRIMERA.

#### PREÁMBULO.

##### I.

Señores: Al dar principio en este recinto á cualquiera otra explicacion, debiera ser mi primero, ó mi único cuidado, anticipar una idéa general del objeto que iba á tratar, y del orden que me propusiera seguir en el curso de estas conferencias. Razonos particulares, que someteré á vuestra consideracion, me desvían del método y camino ordinariamente seguidos, y me impelen á reclamar del ilustrado auditorio que me atiende, la indulgente condescendencia de poder yo ocupar previamente esta sesion, con algunas consideraciones preliminares á las cuestiones mismas que me he propuesto discutir. Indicaré de paso los sentimientos que me animan, y los principios que me guían en la atrevida y árdua taréa que he tomado á mi cargo, no ciertamente, — ¡sábelo el cielo! — con la orgullosa esperanza de llevarla á cabo, sinó con la intencion limitada y modesta, de empeñar á otros más dignos y fuertes en este noble palenque.

Hay hombres, Señores, que no pueden oír el toque del clarin sin aprestarse al combate, y sin que se levante su corazón á la emocion de la peléa. Hay hombres, á

quienes entusiasman y agitan, en deséo y sueño de arriesgadas aventuras, los preparativos de una larga navegacion, ó de una caravana viajera. Otros hay, Señores, en cuyos oídos suena armonioso el tumulto de las discusiones del foro político; así como igualmente se ven naturalezas,—harto numerosas, por desgracia, en nuestros días,—que viven, y se deleitan en las escenas desoladoras y sangrientas de las revoluciones y de los trastornos populares.

De la misma manera, Señores, hay ánimos que permanecen tranquilos, apáticos, é indiferentes delante de todos los combates de la fuerza, delante de las pasiones encarnizadas, de los intereses hostiles, y de los partidos contendientes; pero que, cuando se empeñan en el mundo moral grandes luchas de principios y profundas cuestiones de idéas, que como corrientes de electricidad desequilibrada, están dotadas de la fuerza necesaria para conmover al mundo; se encuentran orgánicamente destinados para sentir en lo íntimo de su corazón y de su inteligencia, el sacudimiento de esta conmoción, para aplicar su oído á los vientos que cruzan, para mezclar su voz y su respiro á los ruidos de la tempestad, aunque no sea más que para conjurarla, aunque sea sólo para implorar del cielo amparo, y misericordia, y luz, y calma, en medio de las comunes tinieblas.

Esto es lo que á mí me sucede en la época presente. Acostumbrado desde mi juventud primera á meditar sobre los principios de la filosofía social y política, por más que haya abandonado estos estudios, desde que ha sido forzoso descender á aplicaciones prácticas y materiales, que no siempre se avienen con las aficiones especulativas; es muy natural, Señores,—y el auditorio podrá

creerlo fácilmente,—que mi razón no haya podido asistir impasible y tranquila al asombroso espectáculo del recio y tumultuoso combate, que se están dando, del uno al otro extremo de Europa, todos los principios, todas las doctrinas, todas las instituciones.

Delante del auditorio que me escucha, ocioso fuera enumerar la índole, la naturaleza y el objeto de esas cuestiones tan terribles y tan ardientes, allí donde se manifiestan y realizan con tan inauditas catástrofes. No es afortunadamente en ese campo, donde podemos considerarlas nosotros: no buscaré yo en los espantables metéoros de esa atmósfera volcanizada y azufrosa, la luz para presentarlas á vuestros ojos. Desde aquí las vemos mejor. Desde aquí nos es dado contemplarlas, no como combatientes, sino como jueces del campo. Desde aquí podemos elevar al exámen de esos recónditos problemas un juicio más desapasionado, más frío, tal vez más profundo. Desde aquí, subtraídos de esos problemas los datos heterogéneos que los complican, y desfiguran, podremos tranquila y filosóficamente seguir y explorar en el campo de las teorías generales, los nuevos principios que aspiran á tomar asiento, y á formar doctrina y sistema en el derecho público, y en la organización social de la Europa civilizada.

Entre las asombrosas escenas de que, de algun tiempo á esta parte, estamos siendo espectadores, no ha sido la ménos extraña y sorprendente, ver á un Depositario de la autoridad, revestido de omnímodo poder, y de toda la fuerza necesaria para salvar á un Estado y una sociedad, hacer una apelación solemne de la fuerza misma que tenía en sus manos, á la inteligencia de los hombres pensadores; reconocer en los momentos de mayor peligro, y

lo que es más, en el orgullo de una gran victoria, la insuficiencia de la represión y del escarmiento, é implorar en auxilio de la sociedad amenazada, y de la autoridad náufraga y combatida, la luz de la ciencia, las armas de la razón, el imperio de la filosofía <sup>1</sup>.

Esta petición, Señores, tan poderosa y autorizada, esta demanda, que acaso pareció á muchos ridícula y extravagante, encontró eco y acogida en el espíritu y en la conciencia de los hombres más ilustrados de la Nación á que en este momento aludo. Todos vosotros habeis oído ya, y tuvisteis ocasion de apreciar las primeras y elocuentes respuestas de esos consultados oráculos. Sus palabras corrieron como un bálsamo consolador sobre aquella sociedad febricitante, de la cual tan copiosas evacuaciones de sangre no bastaban á calmar la delirante calentura.

Yo, Señores, también sentí dentro de mi corazón, resonar el eco de aquella voz generosa. Yo tuve entonces, —lo confieso para que se me perdone,—el orgullo insensato, la aspiración irresistible de asociarme á tan meritoria tarea. Y si mi presunción no llegó al extremo de intentar que mi humilde palabra resonara en el anchuroso espacio, donde se oyeron aquellas elocuentes voces, no me he podido resignar, sin embargo, á que mi meditación quedara perdida, y he venido á traerla á este recinto, —no con altivez, sino con humildad reverente,—á las inteligencias de mi Patria, como un tributo, y un holocausto, que con tanta más razón debía ofrecerles, cuanto que es muy fácil que pueda ser el postrero <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El General Cavaignac, jefe en aquella sazón (1848) del poder ejecutivo en Francia.

<sup>2</sup> El Autor se hallaba entonces en un estado de salud sumamente delicado.

Debo, sin embargo, Señores, tranquilizar ante todo á un Atenéo exclusivamente científico y literario, sobre el temor que estas mismas palabras pudieran infundirle respecto á la índole de mis explicaciones, si creyera ver en ellas una obra de polémica, un trabajo puramente de circunstancias.—Ruego al Atenéo que me atienda en esto; que no se preocupe contra mí, y que me permita una explicación.

Señores, sobre el objeto que me he propuesto, no hay duda que puede escribirse una obra de circunstancias. No tanto lo que me propongo exponer, como la manera de hacerlo, está fuera de los límites de lo que comúnmente se comprende en esta calificación. Pero bajo cierto aspecto, Señores, todos los trabajos del entendimiento humano, todas las obras del arte, todas las producciones del ingenío, son de circunstancias.

Todas las doctrinas, todas las escuelas, todas las explicaciones públicamente profesadas, todos los libros recogidamente escritos, todas las controversias suscitadas y seguidas en el orbe literario, intelectual y político, de las circunstancias se inspiraron. Las enseñanzas filosóficas de la antigüedad y de los siglos medios, de circunstancias fueron. La sublime controversia del Cristianismo con la filosofía pagana, una obra fué de circunstancias. Las divinas predicaciones de los Gerónimos, de los Ambrosios, de los Agustinos, de los Crisóstomos, de circunstancias eran, Señores; de difíciles, de gloriosas, de eternamente memorables circunstancias. Más tarde, las tentativas de la reforma y la vindicación del catolicismo por boca de Bossuet y de sus colaboradores en tan grande obra, no ménos fueron de circunstancias. Pascal y Fenelon, Locke, Clarke, Descartes y Leibnitz, escritores fueron de

circunstancias, cada uno en la esfera de su ciencia privilegiada. El racionalismo del siglo XVIII fué un gran trabajo de circunstancias. De circunstancias fué la reaccion espiritualista de cierta parte del siglo presente; y de circunstancias son todos los maestros y doctores del constitucionalismo de nuestros dias, sin que á pesar de eso, sus obras dejen de constituir lo que hoy se llama derecho público.

El socialismo actual, y otros nuevos principios de organizacion política, han aparecido durante estos últimos tiempos.... Y ¿cómo pudiera su exámen y su crítica, la refutacion ó el aprecio de sus principios hacerse lugar y dejarse oír, si arredrara de su propósito á los hombres pensadores, á las inteligencias más especialmente aplicadas á esta clase de investigaciones, el temor de pasar por escritores de circunstancias!.... En este sentido, Señores, muy pocas de las magnificas lecciones pronunciadas por los ilustres Profesores que me han precedido en esta tribuna, habrán podido dejar de merecer el mismo dictado. Ni hubiera sido loable para ellos no haberle merecido. Tanto valdría decir que habian hablado sin inspiracion; que habian disertado sin objeto; que habian enseñado sin propósito. Tanto valdría decir que sus discursos no habian sido más que ociosa gimnástica de idéas, estéril esgrima de palabras; que sus temas no eran otra cosa que ostentosos ejercicios académicos, sin aplicacion, sin transcendencia, sin resultados.

Yo me atrevo, Señores, á tener otra idéa de las verdades políticas y filosóficas, con tanto lustre y con tanta gloria profesadas en este recinto. Yo debo al Ateneo de Madrid el homenaje de reconocerle una importancia muy grande. Principios hay, y verdades, é idéas, que brotan

do en este mismo lugar al impulso de consideraciones iguales á las que en este momento me inspiran, no pasaron fugaces y sonoras, como notas de una música intelectual, sinó que tomaron desde aquí posesion de los espíritus, y formularon doctrina, y ejercieron influencia poderosa en el destino de nuestra Patria, y de nuestra nueva existencia política. Para alcanzar este resultado, no hubieran bastado vagas é inaplicables generalidades, temas fortuitos, escogidos á la aventura entre los infinitos objetos de la curiosidad filosófica. Para alcanzar este resultado, necesitaban haber sido, como fueron, la síntesis ó la demostracion de todas aquellas idéas y cuestiones, que nacieron y se desarrollaron al calor y fermentacion de otros acontecimientos, y que salieron entónces, despues de una larga parálisis de la inteligencia, á la arena de la discusion; en unas regiones, discusion polémica; en otros recintos, parlamentaria; aquí, á mayor altura, puramente científica y filosófica.

Mis discursos, Señores, aunque no aspiren á tan alto destino, pueden reconocer el mismo origen. Tambien son inspirados por los acontecimientos, no dando solamente este nombre á la realizacion de los hechos. En el dominio de la ciencia ó de la filosofía, sucesos grandes son que parezcan nuevos principios, ó que se modifiquen los antiguos: acontecimientos memorables son las nuevas cuestiones. En éste sentido, mi taréa no sólo será una obra de circunstancias, sinó que no tendrá otro título para aspirar á vuestra consideracion. En éste sentido, éstas investigaciones, debidas á la irrupcion de nuevas idéas, y al anuncio de nuevas instituciones, no sólo están inspiradas por los recientes acontecimientos europeos, sinó que por esta consideracion las traigo aquí, á la solemnidad

dad de este recinto, á la respetable publicidad de este científico auditorio.

Si bajo otro punto de vista hubiera meditado mi obra; si hubiera de descender á aplicaciones inmediatas; si me hubiera podido permitir la menor alusion siquiera, á la querella intestina de nuestros partidos, y al litigio de los intereses que se disputan en nuestras discordias; si estuviera en mi intencion,—nada está más lejos de mi ánimo,—poner atrevidamente las manos en el santuario de nuestras propias instituciones, y citar á juicio los fundamentos y los poderes de nuestro estado social y político, harto conozco, Señores, la índole y la magestad de este sitio, para venir á traer á esta tribuna las discusiones del foro parlamentario; para venir á profanar las aras de la ciencia y el santuario de la filosofía, con una polémica de circunstancias.

No, Señores. Ruego al Ateneo que, tanto como yo procuraré olvidarlo, olvide durante estas conferencias, que he tenido un nombre de guerra en nuestras luchas intestinas; que he llevado los colores de uno de nuestros bandos; que me ha cabido en algunas ocasiones participacion en los sucesos públicos. Yo ruego al auditorio y á los hombres de todas las opiniones, que me miren como á un extranjero, como á un hombre nuevo: un aparecido, que, sin precedentes y sin prevenciones, sin compromisos y sin intereses, aislado en el mundo de las ideas, y encontrando aquí su auditorio, como pudiera reunirle en la playa más remota de una region desconocida, planteara cuestiones filosóficas, como si se tratara de la filosofía de los tiempos de Pitágoras; hiciera aplicaciones de algunos hechos contemporáneos, como si examinara el siglo de Pericles, y condujera á deducciones, que pudieran te-

ner realizacion á seis mil leguas ó á dos mil años de distancia.

En retorno de esta creencia y de esta confianza, yo empeño, Señores, mi palabra delante de este respetable concurso; yo se la empeño á los hombres de todas las opiniones y partidos, de que en mis juicios y apreciaciones, ora les parezcan comunes y triviales, ora extravagantes y paradójicos, no habrá ninguna tendencia sistemática de partido, ninguna reminiscencia de hombre público, ninguna reserva mental de ódio ni de predileccion. No existe hoy en mi corazon, ni en mi inteligencia, otro sentimiento ni otro fin que el entusiasmo por la verdad y por la virtud, sentimiento harto poderoso hasta ahora, cuando ha podido conservarse á pesar de la experiencia del mundo, que produce el egoismo, y de aquellos amargos desengaños que dan vida á la indiferencia ó al escepticismo.

## II.

Señores: los principios y los hechos de que vamos á ocuparnos, están demasiadamente léjos de nosotros, para que no podamos conservar nuestra imparcialidad, en medio del interés con que nos cautivan, ó del horror con que nos fascinan. Es un teatro demasiado extenso el que se descubre á nuestra vista, para que nuestras consideraciones hayan de recaer sobre limitados pormenores.

Estamos en frente de los sucesos de un mundo; se desarrollan á nuestros ojos las tendencias y las ideas de todo un siglo.... Hubo un tiempo en que sorprendió la atencion de Europa la reforma de Alemania; luego ocupó

la filosofía y la historia política el cisma y la emancipación política de Inglaterra; más tarde vino á variar la faz del derecho público la revolucion de Francia: cambiaron despues todos nuestros principios, y se transformaron nuestras instituciones en esta sucesion de años y de acontecimientos que constituyen la revolucion española. Pero Señores, el movimiento que comienza en 1848, y el drama que presenciamos, es, á no dudarlo, la revolucion de Europa.

Ante todas cosas, debemos confesar que este movimiento no le desdeñamos, no le escarnecemos. Jamás nos hemos burlado de aquellos sentimientos y principios, que tienen la fuerza de poner en conmocion las grandes masas de la familia humana. Jamás hemos atribuido á pequeñas causas el origen de grandes acontecimientos. Hasta delante de los grandes y universales errores, hemos humillado nuestra opinion, y no hemos asentido nunca al parecer de aquellos, que prefieren la fuga del desprecio al combate de la refutacion.

Recuerdo, Señores, que en el año de 1831, al abrir el Emperador Francisco la Dieta de Hungría, dijo en el latin usado en el Danubio aquellas memorables palabras: *Totus mundus delirat, et relictis suis antiquis legibus, imaginarias constitutiones quærit.* Entónces, —yo era todavía muy jóven,—me pareció este lenguaje una blasfemia más grande que la que se atribuyó á Alfonso el Sábio sobre el sistema cosmográfico. Que delira todo el mundo, no está autorizado á decirlo ningun hombre: no lo dijo el Hombre-Dios de su perversísimo siglo. Los que creemos en el libre albedrío de la accion y de la conciencia del hombre, debemos creer tambien que á la humanidad la gobierna y conduce con leyes eternas la Provi-

dencia Divina; y á la vista de los grandes movimientos, que agitan á las sociedades europeas, somos bastante filósofos para creer que á algun fin general van encaminados; somos demasiadamente religiosos para escarnecer de los decretos del cielo, y para no estar convencidos de que Dios nunca delira.

Pero tambien debemos manifestar que este movimiento no nos aterra, porque no nos sorprende. Estaba previsto. Alguna vez me había determinado á señalarle su fisonomía. Y por muy modesta que sea la confianza que abrigo en opiniones que suelen parecer, al emitirlas, paradójicas, permitidme á lo ménos que presente mi triste acierto, como una de las razones que me mueven á hacer valer mi derecho de juzgarle.

En una obra que publiqué en 1846, <sup>1</sup> expresé mis temores sobre el advenimiento de la revolucion social, en estos términos:

«No es la revolucion política la que presentimos, y  
 «tememos. El mónstruo que turba nuestros sueños, y  
 «llena de pavor nuestras vigiliass, tiene facciones más  
 «señaladas, y más espantosa fisonomía: es otro su mi-  
 «rar, otra su estatura; es otra su aptitud, y otras sus  
 «fuerzas; otro traje reviste, y en otro idioma habla que  
 «las revoluciones anteriores. Es un mónstruo múltiple:  
 «es una generacion de mónstruos. Macbeth veía una  
 «comitiva de Reyes: nuestro espejo nos retrata una  
 «procesion de revoluciones.... La revolucion anterior ha-  
 «bía encontrado una selva enmarañada de instituciones  
 «vetustas, de intereses caducos, de privilegios carcomi-  
 «dos. Empleó su segur en la tala afanosa: en la demoli-

<sup>1</sup> Á LA CÔRTE Y Á LOS PARTIDOS: palabras de un Diputado conservador.

" cion del antiguo edificio cebó su brío: el día que el furor  
 " de esa ráfaga desoladora corra como el Simóon del de-  
 " sierto sobre un campo de arena, sin tener contra quién  
 " estrellarse, se revolverá en el seno de la sociedad mis-  
 " ma, levantando remolinos de polvo que la sepulten.....  
 " Es esa la revolucion, el mónstruo deforme, cuyos ba-  
 " ladros oímos rugir, y cuyos pasos sentimos debajo de  
 " nuestras plantas; no aquella antigua, generosa, legiti-  
 " ma, que derrocó el antiguo régimen, y de la cual nos  
 " hemos confesado partidarios, sinó aquella revolucion  
 " réproba, que no teniendo ya nada que devorar, se pu-  
 " siera á roer frentes sagradas, como el *Ugolino* del DAN-  
 " TE en el cráneo de *Ruggiero*. La irrupcion de las clases  
 " no inteligentes daría á este cataclismo una fisonomía  
 " sórdidamente bárbara. Las cuestiones se resolverían  
 " en el sentido de la más irritante exajeracion. No ha-  
 " bría sólo mal Gobierno, administracion desacertada,  
 " anárquica tiranía: habría retroceso social, caliginosas  
 " tinieblas de ignorancia, crimen sin grandeza, sangre  
 " sin gloria, víctimas sin heroismo, y por último, res-  
 " tauraciones sin libertades, y calamidades públicas sin  
 " regeneraciones sociales. "

Ya en 1841 había empezado la exposicion y exámen  
 del socialismo, en un periódico semanal, que por motivos  
 políticos tuvimos que suspender. Pero de antemano ha-  
 bíame arredrado de mi taréa la irónica indiferencia, con  
 que se creyó que aquellas teorías ni merecían los hono-  
 res de la discusion, ni eran dignas de la atencion séria  
 de hombres pensadores; y la ligereza con que se imagi-  
 nó que quien con formalidad y conciencia daba cuenta  
 de aquellas doctrinas, parecía partidario y secuaz de las  
 idéas innovadoras.

Respecto á lo primero, bien convencido de que aque-  
 llos principios habían de producir pronto en Europa una  
 deshecha tempestad, me resigné á esperar á que la arro-  
 gancia del desden sufriera en ésta, como en otras opi-  
 niones, la leccion del escarmiento. Respecto á lo segundo,  
 hube de contentarme con que en los artículos que en  
*El Conservador* se habían publicado, quedase consignada  
 esta proposicion, que el tiempo no ha desmentido.—"Esto  
 " han dicho los socialistas, y han repetido sus discipu-  
 " los; los unos y los otros con tono más vehemente, y  
 " con frases más acerbadas. Sentidas y terribles recrimina-  
 " ciones han surgido á la filosofia revolucionaria del si-  
 " glo pasado, al escepticismo dogmático del presente, á la  
 " política jacobina, al liberalismo constitucional. Nos-  
 " otros, á la verdad, no sabríamos qué contestar en  
 " nombre de la política; muy poco, de parte de la filoso-  
 " fía. Ciertamente que para responder á estas inculpa-  
 " ciones severas, no sería ni á la filosofia ni á la política  
 " á donde acudiéramos. De otro arsenal tomaríamos  
 " nuestras armas. Sólo la religion podría subministrár-  
 " noslas. Si nos propusiéramos rebatir al atrevido socia-  
 " lista (hablaba de Cárlos Fourier), no le opondríamos,  
 " por cierto, el Contrato social, ni la Enciclopedia, ni las  
 " ilusiones liberales de Benjamin Constant, y Mme. de  
 " Staël, ni las especulaciones doctrinarias de Guizot, ni  
 " el fatalismo histórico de Thiers, ni las incompletas teo-  
 " rías de Say, ni los derechos de la Carta, ni las penas del  
 " Código. Otro libro tomaríamos por escudo: el EVANGE-  
 " LIO.—Lo decimos con toda nuestra conciencia. Contra  
 " la crítica y la tendencia del socialismo, no conocemos  
 " más armas que un instinto, y una filosofia: el buen  
 " sentido del género humano, y la filosofia cristiana."

Hé aquí, pues, cómo los acontecimientos que espantan al mundo, no nos cojen de nuevo: cómo nuestra meditación sobre ellos no había esperado la realización de los hechos. Cuando el drama vino á representarse sobre el gran teatro del mundo, nos pareció que ya de antemano le habíamos leído.

No se deduzca de estas palabras que abrigo la arrogante é insensata presuncion de conocer los arcanos del porvenir, ni de leer en el libro de la Providencia. No, Señores, no: con muy distinto objeto, con pretensiones de índole más modesta las he pronunciado. Sólo para que no se me niegue el derecho de juzgar lo que he podido presentir, sólo para que con este conocimiento y enseñanza, no rehuyamos el exámen filosófico de aquello, que despues de haberse incubado por tanto tiempo en la oscuridad y en el silencio, se revela hoy al mundo con tanto estrépito. Yo no había anunciado los sucesos, sino porque conocía los principios. Á un exámen severo y filosófico de los principios tenemos, pues, obligacion de elevarnos, si hemos de creernos con fuerza y con derecho de prever las consecuencias de los hechos presentes, y la probabilidad de los sucesos futuros; de saber hasta dónde se pueden combatir y refutar ciertos principios; hasta dónde es probable que se hagan lugar en la teoría, y se realicen en la sociedad, ciertas opiniones y resultados.

Por eso, Señores, despues de tantas creencias, despues de tantos esfuerzos del saber, de la prudencia y de la fuerza de los hombres, despues de haberse creído fijas, inmutables, inconcusas las bases constitutivas de la sociedad humana, y los principios que presiden á la organizacion de los poderes que la dirigen y gobiernan, todavía nos toca hoy, todavía nos es dado, todavía podemos creer-

nos con derecho, más digo, con la santa obligacion de examinar, bajo nuevos puntos de vista, la ley y las condiciones fundamentales de la sociedad humana, y las relaciones que median entre esta ley y estas condiciones, y la forma y organizacion de los poderes políticos.

De que estemos en este caso, de que tengamos este deber y este derecho, no nos alegremos ni nos envanezcamos; que no es en verdad motivo ni de regocijo, ni de envanecimiento. Al hacer la declaracion de mi objeto, no me es posible reprimir un sentimiento de tristeza, que no es desesperacion, no, Señores; pero que es ciertamente profundo y amarguisimo desconsuelo. Muy triste es, á la verdad, para la inteligencia y para el corazon, asistir al espectáculo de la duda universal, de la discusion de todos los principios, del exámen y juicio de todas las instituciones. Triste es haber nacido en una época crítica y desorganizadora, en un período en que, faltando á un tiempo la autoridad y la fé, han venido á controvertirse todos los principios y á negarse la sancion de todas las obligaciones. Es triste, muy triste, vivir para ver cómo las antiguas instituciones vienen al suelo, sin haberse levantado todavía otras nuevas.

Tanto valdría tener que morar en una ciudad incendiada, ántes de reedificarse: tanto valdría tener que cultivar un suelo conmovido por diarios terremotos. Pero tal es nuestro destino; no podemos glorificarle, sin duda; ménos todavía negarle ó rehuirle. Tócanos solamente aceptarle; que á tal precio hemos venido al mundo ahora. Nuestra Patria en el espacio, es el suelo: tenemos en el órden del tiempo otra Patria, que es el siglo, y ni del clima del uno, ni de las influencias del otro nos es dado prescindir. Súbditos y contemporáneos de las revolucio-